



El poblado está ubicado a poco más de 30 kilómetros de la ciudad de Trinidad. /Foto: Alien Fernández

La sobrevida de San Pedro

Asentamiento habitado, casi exclusivamente, por esclavos africanos a inicios de la centuria pasada, este barrio trinitario heredó la humildad y la resistencia de sus ancestros

Enrique Ojito Linares

San Pedro está a dos zancadas de la costa sur. Es fácil advertirlo por la plaga de mosquitos, alborotada por el menor aguacero en los manglares, y que asalta a los forasteros en busca de carne nueva. Y sucede desde que el Niva dobla hacia la izquierda, en un punto de la carretera Sancti Spíritus-Trinidad. De ahí al poblado existen apenas 12 kilómetros; aunque parezcan 100 o 200. Ese vial es un solo hueco. Comentárselo a algún lugareño es como cuquear un panal de avispas.

Cuentan que siglos atrás, una tempestad le cortó el paso al barco que llevaba a bordo la imagen de San Pedro. Procedía de Santiago de Cuba y su destino final era Trinidad. Los tripulantes desembarcaron y llevaron la

efigie al asentamiento, de casas rústicas, levantadas a como diera lugar, con la mezcla de tierra, hierba y agua.

Cuando la tormenta amainó, los viajeros continuaron la travesía; pero dejaron la figura de San Pedro al abrigo de los habitantes de la localidad; quienes hasta hoy siguen venerando a este pescador judío, devenido el primer papa y uno de los 12 apóstoles, en los límites de la tradición católica.

Más que por reverencia ciega al santo patrón y sí por necesidad, vecinos de esa comarca se hacen al mar al final de la madrugada y retornan, al mediodía, con los ensartes de pescado, listos para la venta en el poblado.

Es la urgencia de un barrio —nacido en las entrañas de un potrero—, en cuyas casas entraban por puertas y ventanas el mugido de las reses y el voceo de los monteros, apaga-

dos, prácticamente, por la crisis económica de los años 90, que tajó, de un planazo, el ordeño mecanizado de las vaquerías y hasta las propias vaquerías.

Es el pie forzado, impuesto por las circunstancias, que llevó a Librada, trabajadora de esas instalaciones a emplearse en el restaurante del caserío, donde se jubiló, y hoy es una notable artesana. De sus manos salen escobas, frontiles para bueyes, sogas y hasta manteca de corajo y pulpa de tamarindo.

Es el imperativo económico, que urgió a Yusdeivy, cocinero de una escuela cercana, a tirarse el hacha sobre el hombro y adentrarse en el monte para hacer carbón. Es la necesidad, que hizo a la enfermera Beatriz volver sobre sus pasos, y ahí está de nuevo en el consultorio, donde no sorprendería verla dando consultas, debido a la inestabilidad del médico.

La gente de San Pedro encara la sobrevida. Lo explica el carretón, tirado por un caballo, que a punto de mediodía aún sigue pregonando, a voz en cuello, la venta de espaguetis y pollo. Lo explica la claridad de Luis Sebastián a sus 110 años de edad. Ni las picadas de los mosquitos las siente este jiquí de carne y hueso; quien prosigue dando guerra —según su teoría de la supervivencia— por tanta harina, jutía y cabeza de pescado que comió.

Luis Sebastián ha desgranado toda su vida en San Pedro, cuyos pobladores aprendieron a capear el temporal y a disfrutar, a sus anchas, la fiesta de la Cruz de Mayo, del día 3; la dedicada al santo patrón, cada 29 de junio, y las que vengan. Ellos no viven en el fin del mundo, asegura Julia, la presidenta del Consejo Popular y, a estas alturas, también estoy por creerlo.



Roger Valdés y Yanivys Mendoza abonan su amor desde hace 23 años.

Lisandra Gómez Guerra

TODAVÍA Clara Suárez Balmaseda siente sus manos de siete décadas como unas brasas. Mucho peine caliente pasó durante sus 32 años como peluquera en la comunidad de San Pedro.

“Nos pedían mucho ese servicio. Es como ahora que las veo pasar con queratinas o extensiones”, dice.

No imagina que perpetuó una noción que trasciende las fronteras de ese pedazo de tierra con raíz en 1737 y que considera al cabello natural de las personas negras como “pelo malo”.

Es esa una de las tantas expresiones de racismo, milenaria herencia estructural, social y cultural que discrimina, sesga, violenta, tanto desde acciones individuales como institucionales, solo por estereotipos históricamente establecidos y que ubican a un grupo étnico por encima del resto.

“Lo escribí en un poema: hay burlas a las trenzas, hay burlas a los drellos... —rememora Gloria Arrechea Malibrán, investigadora trinitaria—. Los medios legitiman e imponen. Por tanto, es bien difícil romper con esas ideas e instituir otras”.

Habla con seguridad porque, además de ser una estudiosa del racismo, lo ha vivido en carne propia. Aunque, desde 1959, en Cuba se aboga por eliminar todo tipo de desigualdad, no resulta secreto que aún pululan remanentes de discriminación por el color de la piel.

“Hay una historia de tres siglos y medio vinculada a la esclavitud y al racismo, que resulta muy difícil que con solo políticas podamos borrarla de las subjetividades colectivas”, sentencia Gloria, quien además funge como directora del Museo de Arqueología Guamuhaya, en la tercera villa de Cuba.

EL QUE NO TIENE DE CONGO, TIENE DE CARABALÍ

Si de auscultar las raíces se trata, San Pedro, una comunidad escoltada por marabú y caminos agujereados, tiene mucho que contar. Muy cerca del caserío, en pie por la fuerza de la arquitec-

tura vernácula, una vieja torre confirma que esas tierras se abonaron con el sudor de los negros, primero traídos como animales amarrados en las bodegas de los barcos; luego, libres, sobreviviendo a los tiempos finales de la Colonia y toda la República en oficios rudos y, prácticamente, sin ningún nivel escolar.

Lo recuerda con nitidez a sus 110 años Luis Sebastián Ortiz, su vecino más longevo. Mucha caña vio irse al piso con el filo de su mocha y otros tantos hornos de carbón apagó para llevar a la casa unos pocos quilos.

“Los negros no valíamos na’. Vivíamos junto a los blancos, pero separados. Había dos sociedades y nosotros no podíamos entrar en la de ellos, ni los blancos en la nuestra”.

Y es que dicho patrón de poder que acumula diferencias para organizar y justificar ventajas y desventajas entre las personas de uno u otro color, convive en pleno siglo XXI, tanto en San Pedro, una de las poblaciones trinitarias con mayor número de negros y mulatos —según la Presidenta del Consejo Popular— como en el resto de Cuba, por

Los colores de San Pedro

Aunque existe una política de país que apuesta por eliminar todo tipo de expresión de discriminación racial, milenaria herencia estructural, social y cultural, aún se tropieza de frente con más de uno de sus remanentes

errores voluntarios y no, cometidos en su tratamiento, después de 1959. Así lo expresó en más de un escenario Esteban Morales, uno de los investigadores más reconocidos sobre el tópico y quien definió nuestra identidad “multicolor”: “La no aceptación de su existencia, insuficiencia de debate público, ausencia del tema en currículos escolares y medios masivos, limitada presencia en la investigación académica y uso del tema como instrumento de subversión política interna”; indicadores que justifican por qué se escucha con frecuencia un viejo refrán: “En pesquería de blancos, el negro carga las redes”.

SENTIMIENTOS INCOLOROS

En una centenaria casita de San Pedro, moldeada con barro y con el techo de madera y tejas sostenido por delgados cujes, se abona un amor desde hace 23 años. Ella, Yanivys Mendoza, negra, y él, Roger Valdés, blanco, rompen con estereotipos del color.

“No somos los únicos. No hemos sentido nunca ninguna mirada de reojo”, expresa él, quien labora como especialista del Inder.

Cuando supieron que tendrían una niña, ¿a quién querían que se pareciera?

“No pensamos en eso. Lo importante era que naciera bien porque demoramos 15 años buscándola”, responde Yanivys sin titubeos.

De acuerdo con la directora del Museo de Arqueología de Trinidad, las uniones interraciales hoy pasan más inadvertidas entre la gente que discrimina. Las causas de su naturalización pudieran estar en un fenómeno con puntales en el siglo XIX.

“Para contrarrestar el miedo a toda esa herencia dejada por la esclavitud se comenzó a manejar el tema blanquear, blanquear, blanquear y después hacernos respetar. Inició, entonces, la entrada de los culíes, yucatecos —todos de piel más clara—. Culturalmente, se incorporó al imaginario la idea de que no es lo mismo ser mulato que negro. Incluso,

en personas blancas con facciones físicas para nada finas siempre se les busca el antepasado negro”.

DESDE FUERA

Llegados desde España, con una pequeña parada en Caibarién y, más tarde, con la carpa plantada en San Pedro, los ascendientes de Elena Rodríguez Sotolongo fundaron una de las pocas familias de color blanco que conviven en la comunidad.

“*Para contrarrestar el miedo a toda esa herencia dejada por la esclavitud se comenzó a manejar el tema blanquear, blanquear, blanquear y después hacernos respetar*”

“Muchos me dicen que somos los únicos blancos de San Pedro”, refiere esta mujer que defiende las manualidades del hilo y la aguja.

Consciente o no, el imaginario colectivo aún segrega, según el color de la piel. Similar sucede con las expresiones que develan la naturaleza estructural del racismo. Reconocer sus expresiones permite comprender otras realidades que transversaliza como el desempleo, la marginalidad...

“Cada caso es único. Los análisis tienen que centrarse en cuándo me siento vulnerada desde el punto de vista social o cuándo es un elemento vinculado al racismo y que rompe con la posibilidad de que mejores la vida, tanto individual como colectiva. Realmente, se superponen y no hay una frontera visible sobre cuándo es uno u otro”.

De ahí que urja auscultar localidades como San Pedro, fragmento de tierra con rica y autóctona historia que nos define como país para evaluar la efectividad de estrategias, en su mayoría de laboratorio, que buscan cerrar brechas de desigualdad y superar prácticas discriminatorias desde los sectores educacional y cultural. Y que todavía no han logrado sus propósitos.

“Las historias locales les dan un extraordinario valor a esos espacios pequeños que tenemos dentro de nuestra población. Blancos o negros, se precisa de buscar por quién sentir orgullo. Hoy nuestra historia está vinculada al racismo, pero tiene que cambiar para no seguir perpetuándose”.

¿Podremos un día decir Cuba está libre de racismo?

Puede ser, porque existen la voluntad política y la capacidad del ser humano de mejorar. Y en el plano subjetivo, se trabaja y hay que continuar.



Para Gloria Arrechea, estudiosa de la temática del racismo, transformar subjetividades implica mucho esfuerzo y trabajo sistemático. /Fotos: Alien Fernández



Con 77 años esta artesana teje escobas y otros útiles para los campesinos de la localidad.



Desde niña, Librada aprendió el arte de trenzar las sogas de guano.

Mil y un oficios de Librada

Apegada a la tradición, Librada Balmaseda se ha convertido en una de las artesanas más versátiles del pueblo de San Pedro

Texto y fotos: Arelys García

Librada en el tarabico de torcer sogas, en las vaquerías asistiendo a los terneros en su primer día de venir al mundo; Librada en el hervor de la manteca ardiente de corajo, en los potreros distantes buscando las fibras para las escobas, que aún a los 77 años dan sustento a su familia. No hay palmo de monte en San Pedro que Librada Balmaseda Martínez no haya caminado.

Con solo siete años, acompañaba a Juanico Zúñiga, su maestro en el arte de trenzar las pitas de guano. Dos caballos y hasta dos bueyes podían enlazarse juntos, y no había

fuerza que rompiera aquellas sogas y lazos embadurnados de cera, hubiera narrado el cuentero Juan Candela, de Onelio Jorge Cardoso.

En el calendario perdido de esta artesana, no existe día señalado para el descanso. Apenas comienza la mañana, va para el patio y debajo de los tamarindos echa a andar aquellos aparatos de hierro y madera, salidos del ingenio casero real y mágico, impuesto por la necesidad.

En jornadas de soles intensos en las que cuesta trabajo respirar por el asedio abrumador de los mosquitos y jejenes, le ayuda el esposo Pedro González, su mano derecha por años en este oficio, gracias al

cual, además de sogas, confecciona frontiles de bueyes, escobas y cuanto andarivel se le ocurra a la mente pródiga de Librada.

“He sembrado para recoger”, dice sin sonrojos al hablar de sus tres hijos y de las largas caminatas, a veces con ellos al hombro, hasta las naves de la entonces vaquería El destete, de la cual ya no queda ni el nombre. Medio siglo atrás, las madrugadas sorprendían a esta mujer preparando yogur para los terneros y amamantando con biberones a los que apenas habían acabado de nacer.

También, hubo un tiempo en que el olor a frijoles negros recién hechos por Librada se colaba por

las hendiduras de las ventanas, y al pueblo de San Pedro se le despertaba el hambre. Era la señal de que en el pequeño restaurante de la localidad ya se podía ir a comprar el almuerzo.

Y aún, en su casa, sigue con el caldero sobre el fogón de leña, velando que la manteca de corajo se trague el agua. “He buscado el sustento de mi familia con esto también y no ha sido fácil. Tienes que llenar hasta dos latas de estas almendras, que después debes secar y machucar, para que rinda algo”, aclara Librada y detiene la espumadera. Las manos huesudas entonces secan la frente que llueve sudores.

Por si no bastara, cuando regresa de buscar guano y palos de escobas en los montes de La Ermita o de la Loma del Puerto, recoge tamarindos en las matas que se le cruzan por delante. Hasta 10 libras de pulpa extrae, y luego las vende. “Barato, periodista, porque no se puede perder la vergüenza”.

Difícilmente, alguien pueda contarle los años a Librada. En su acta de nacimiento constan 77, pero ella asegura estar “más nueva porque los brazos no se le han caído ni le duele ná”. Nadie lo duda, más por estos días en que sale a caminar y se le ve perderse entre el rocío y la hierba nueva.



El oficio de carbonero es uno de los más frecuentes en la comunidad. /Foto: Arelys García

Ana Martha Panadés

SAN Pedro de Palmarejo luce como otros tantos asentamientos rurales donde la calma se acomoda en cualquier esquina. La sequía allí cuarteja la tierra y la piel de sus pobladores. El sol y el calor agobian, y hasta los menos devotos aguardan ansiosos cada año a que rompa la primavera para celebrar la Cruz de Mayo, un antiguo festejo religioso que bendice con lluvias y promesas de prosperidad.

Trabajar, ¿a qué precio?

La interrogante agobia a los vecinos de esta comunidad trinitaria, ubicada casi en los confines del Valle de los Ingenios y distante de las ofertas de trabajo y de estudio

En el barrio todos hablan con orgullo del legado patrimonial que perdura a través de la técnica del embarro, una masa compacta de tierra, yerbas y madera que sostiene muchas de las viviendas; algunos evocan con nostalgia el emporio ganadero que en las décadas de los noventa reinó en la comarca, mientras otros se lamentan por la falta de opciones laborales que ha incrementado el número de desvinculados en el poblado.

Los jóvenes y las mujeres resultan mayoría en las estadísticas, que apenas ilustran la magnitud de un fenómeno de alto costo social: el desempleo.

EL COSTO DEL EMPLEO

Antes de las cinco de la mañana, Dadnery Suárez Zúñiga sale de su casa de lunes a sábado para llegar temprano al hostel donde trabaja como doméstica en Trinidad. Son años de madrugones y de recorrer en “botella” los más de 30 kilómetros hasta la cabecera municipal. “Es una odisea diaria, pero tengo que hacerlo. Una de mis hijas es madre de tres niños y debe cuidar de ellos. Hasta ahora no se le ha presentado ninguna oferta de empleo”, expone.

A pesar del enorme valor cultural y patrimonial de este poblado, son muy escasas

las ofertas laborales, según manifiesta Isabel Cristina Bravo Cancio, jefa del Departamento de Empleo de la Dirección Municipal de Trabajo. “Las plazas en las tres escuelas primarias y la secundaria estás cubiertas y solo están disponibles las que oferta Flora y Fauna”.

Sin embargo, casi nadie se decide por ellas y no por gusto. “Pagan muy poco y el salario se demora muchísimo”, dice sin medias tintas Rodolfo Sánchez, quien trabaja como custodio en uno de los hoteles de la península y vive ahora en casa de una prima en Trinidad.

Pero no todos tienen la posibilidad de este hombre. Otros compañeros que comenzaron con él tuvieron que renunciar por la lejanía y la falta de transporte.

Como opción solo les queda desempeñarse en labores agrícolas durante la cosecha de ajo y de cebolla en tierras cercanas a la Güira, “un trabajo bien sacrificado”, recalca Eric Ramos Ramírez, delegado de la circunscripción 34.

ROMPER LA CADENA VULNERABLE

Eunice Julia Jiménez Sánchez, la presidenta del Consejo Popular, no está ajena a las preocupaciones de los lugareños, al tiempo que reconoce que se trata de una de las problemáticas más alarmantes en

el asentamiento, aunque no la única. El vial de acceso —en pésimo estado—, el deterioro del fondo habitacional y la falta de ofertas de alimentos amordazan la vida en este pintoresco lugar.

“Hemos identificado a casi 100 jóvenes que concluyeron la enseñanza secundaria y la facultad y hoy no tienen continuidad de estudio ni tampoco garantía de un empleo”, ilustra esta mujer incansable que no se deja vencer por ningún contratiempo.

La población femenina de San Pedro carece también de oportunidades para una promoción más exitosa a puestos de calidad. La ausencia de proyectos y de actores económicos en función del desarrollo comunitario y la persistencia de ciertos estereotipos atan, entre otros factores, las aspiraciones de este sector y coartan parte de sus derechos laborales.

Por ser uno de los principales exponentes de la arquitectura vernácula, San Pedro llama la atención de los estudiosos en temas patrimoniales; que la mirada hacia allí sea más integradora dará respuesta a otras urgencias, como la del empleo. Es preciso romper la cadena de vulnerabilidades.



Con identidad propia

Al sureste del Valle de los Ingenios, declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad en 1988, junto con el Centro Histórico de Trinidad, por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, nació el poblado de San Pedro, uno de los mejores exponentes de la arquitectura vernácula en Cuba



DATOS DE INTERÉS

Fecha fundacional: 1737

Distancia de Trinidad: 32 kilómetros

Año	Habitantes
1846	46
1907	1118
2024	1725

FESTEJOS TRADICIONALES



Dos hechos socio-culturales de este barrio, legitimados por el tiempo, forman parte del patrimonio inmaterial y nacional

Fiesta de la Cruz de Mayo (3 de mayo)

De carácter anual, es considerada una de las festividades más extendidas por el mundo, gracias a las sucesivas expansiones geopolíticas, primero, del Imperio romano, y del español, después, los cuales se apoyaron en la doctrina cristiana como sustento teológico, político y cultural.



Día de San Pedro (29 de junio)

Este arraigado festejo, celebrado anualmente, incluye una procesión en la localidad con la efigie del Patrón de los marineros y pescadores. Con el paso de los años, la festividad rebasó el tributo meramente religioso y devino jolgorio popular, ajiaco de diversas expresiones culturales.



ARQUITECTURA VERNÁCULA



San Pedro constituye uno de los mayores exponentes de la arquitectura vernácula en nuestro país por el empleo de la técnica del embarro en la construcción de varias de sus viviendas.

Para preservar dicha tradición, este asentamiento acogió dos eventos internacionales, con el protagonismo de la Oficina del Conservador de la Ciudad y el Valle de los Ingenios.

- XX Seminario Iberoamericano de Arquitectura y Construcción con Tierra (Siacot)
Fecha: Abril de 2022
- Taller Internacional Trinidad a la cal
Fecha: Enero de 2023